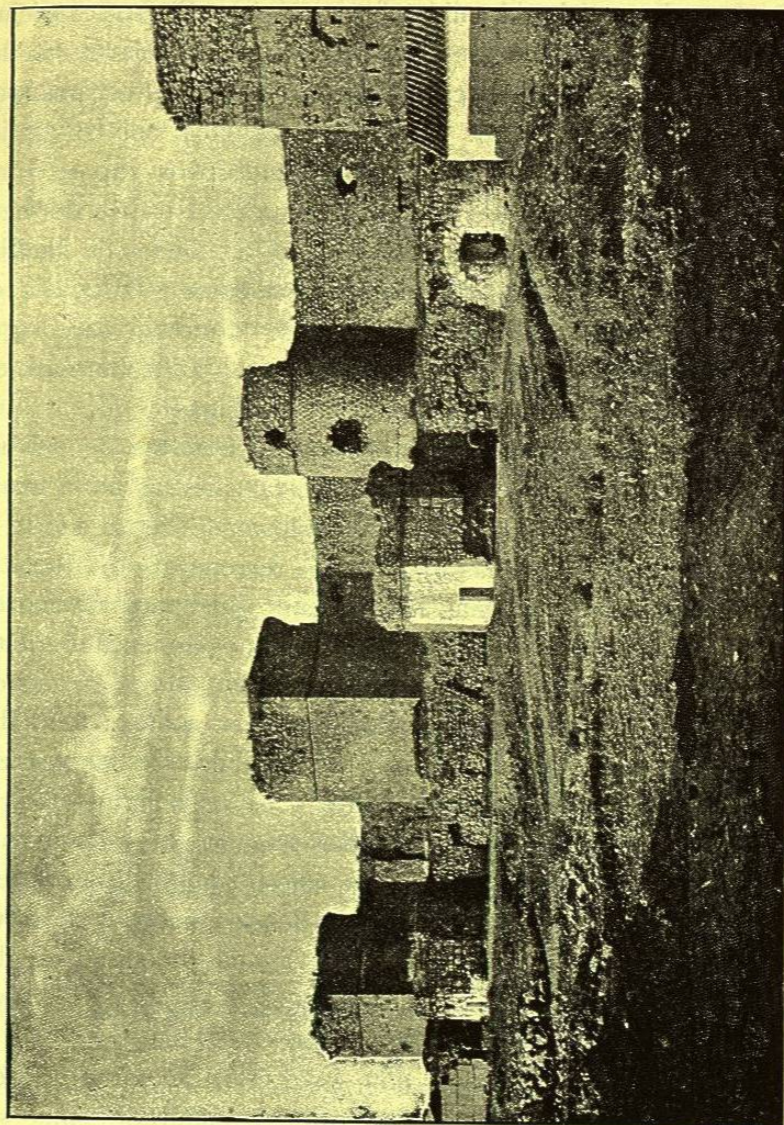


formado por ésta, al parecer en dos trozos desemejantes, el segundo. Si bien al presente, y conforme quedó arriba indicado, los desmoronamientos del lienzo de muralla que en dirección á oriente sucede á la *Puerta del Socorro* por la parte del arrabal, que es la del norte, interrumpen la línea fortificada en largo trecho, resultando así aislado el castillo,—no debió acontecer de tal manera en los tiempos en que éste hubo de ser construído, por más que se procurase atender á la defensa particular de aquel señorial recinto por medios adecuados, debiendo en tal disposición la barbacana exterior seguir una misma línea, y enlazar por consiguiente con la del resto del circuito general de la villa. Nótase por este lado del septentrión, que la indicada defensa ó primer recinto, se halló también provista de torreones, de menor altura, y en su mayoría cilíndricos; y aunque el transcurso del tiempo ha igualado en apariencia el carácter de la construcción en la barbacana con el de la muralla y el de los torreones correspondientes al segundo recinto, adviértese sin embargo que aquella ha debido ser reconstruída ya en los siglos XVI ó XVII, pero mejor en el primero, pues tal á lo menos proclaman la larga serie de arcos de medio punto que la refuerzan en toda su longitud, y en cuyo fondo, sin duda el año 1810, fueron abiertas por el mariscal Soult las troneras que la perforan, al habilitar los restos del castillo para la defensa del Axarafe.

Distribuídas probablemente de igual manera que las del segundo recinto, cortaban la barbacana por la parte meridional, ya dentro de la villa, sólidas y salientes, ochavadas torres ó puestos avanzados, que caían sobre la escarpa y daban al cegado foso, y que se han convertido en habitaciones de gente pobre, las cuales torres por su contextura corresponden á la época del castillo. Entrando en éste, el espectáculo no puede ser más triste: donde quiera que la propia pesadumbre de aquellas construcciones no ha vencido, la humana necesidad ha abierto deformes puertas, y ha hecho morada mísera de menesterosos

HUELVA



NIEBLA.—RESTOS DEL CASTILLO DEL DUQUE DE MEDINACELI, POR LA PARTE DE LA POBLACIÓN

los huecos excavados en el macizo de baluartes y murallas, blanqueando la cal la obra de mampostería que han respetado el tiempo y la codicia. Hundidas las estancias, abiertos caprichosamente los muros, presentan las torres al descubierto sus deformados interiores, en los cuales, ora se distingue el arranque de alguna bóveda, ora por entre los boquetes que las agujerean, filtra el sol los regocijados esplendorosos rayos, como riendo de la insensatez de los hombres. Cual harapos de mendigo, aquellos girones de la grandeza de los condes de Niebla, se ostentan descoloridos, informes, mal olientes y en ocasiones repugnantes, no de otra suerte que al abrir laboreado sarcófago, se ostentarían las humanas reliquias de un grande hombre, en cuya osamenta hubiesen hecho nido las hormigas!

Montones de escombros, excavaciones cubiertas de salvaje vegetación igual á la que arraiga entre las piedras de la mampostería y corona el adarve, han transformado de tal suerte el mantel del castillo, que más bien parece terreno árido é inculto, que plaza como fué de armas. Encubriendo gran parte de uno de los torreones,—en el ángulo NE. confuso hacinamiento de tierra y piedras, blando y no há mucho removido, forma escarpado montículo, por el cual suben al adarve y se comunican los habitantes de los departamentos altos y no hundidos de las torres; las cabras trepan por él cómodamente, y en larga fantástica procesión discurren por la vereda que han trazado en el derruido y ya desnivelado adarve, produciendo efecto singularísimo el espectáculo que ofrecen en tales alturas, donde recortan su móvil silueta sobre el pálido celaje, á la media indecisa luz del crepúsculo vespertino. Allí la tradición vulgar afirma que estuvo el *castillo de la reina mora*, cuando iba á Niebla, y allí, en el frente occidental de aquel torreón, cuyo interior, mirado desde arriba, parece profundísima, aterradora y cuadrada sima sin fondo en cuyo oscuro seno levanta salvaje higuera sus verdes ramas,—oculta en parte por el montículo de escombros memorado, casi á flor de tierra se descubre llamando la atención rec-

tangular y blanca piedra, cubierta de relieves. Afectan éstos con tres órdenes de cilíndricas y finas molduras la forma de un arco rebajado y de cuatro lóbulos, cuyas enjutas llena exorno característico, haciéndose en pos y bajo el arco, que es adintelado, cóncava oquedad que persuade ser aquella piedra una ornacina, labrada en el siglo xv, asegurando los habitantes del castillo que corresponde á la decoración de una gran puerta que el torreón tenía y que mandó cegar la autoridad local há poco tiempo.

No es fácil de determinar al presente cuál, á despecho de la tradición aludida, hubo de ser en aquella serie de arruinadas construcciones, el lugar donde tuvieron su señorial morada los poderosos condes de Niebla y duques de Medinasidonia, que hicieron permanencia algunas veces en su castillo; no parece probable que para tal intento escogieran el ángulo NE., que es el más avanzado y expuesto, y todo hace creer que el alcázar, reconstruido acaso en el siglo xiii á raíz de la conquista, reparado luego en 1285, á consecuencia de los desperfectos ocasionados en las fortificaciones por los jinetes merinies que en tal fecha, desde Jerez, sitiada por el Amir Abú-Yusuf-Yacub, corrieron hasta Niebla la tierra causando en ella grave estrago (1), reedificado desde los cimientos en el siglo xv, reformado en el xvi y habilitado en el presente durante la guerra de la Independencia,—ocupa si no entera, parte del área del alcázar donde residió el último soberano de Niebla, aquel Musa-ben Mohám-

(1) Refiere Abd-el-Halim que «acostumbraba el Amir [Abú-Yusuf-Yacub] (¡Dios le haya perdonado!) durante todo el tiempo que tuvo sitiada dicha ciudad de Jerez, después de haber cumplido con la azala de *as-sobh* (ó de la aurora), á hacer comparecer uno de sus hijos, ó yernos, ó alguno de los xeques benimerines, y darles una bandera y el mando de un escuadrón de doscientos caballos, con la orden expresa de algarear y correr aquellos distritos del enemigo que se proponía hostilizar y destruir, hasta que por este medio consiguió arrasar y talar completamente lo próximo y lo lejano, á la distancia de muchos días de andadura, como Lebla (Niebla), Ixbilia (Sevilla), Carmona, Esicha (Écija), Chayyen (Jaén), los montes de Ax-Xaraf (el Axarafe) y otros partidos» (*Rudh-al-Cardás*, pasaje cit. por Gayangos, *Memorial histórico español*, tomo X, págs. 614 y 615).

mad-ben Nossayr-ben-Mahfóth, que se titulaba Amir del Algarbe, que firmaba como vasallo del rey de Castilla en el siglo XIII las cartas y privilegios otorgados por aquel, y que vencido por Alfonso el Sabio, cerraba para siempre en las occidentales comarcas de la España, la época azarosa y conmovida de la dominación musulme.

Quizás, si Niebla recobra alguna vez la animación y la vida de los pasados tiempos, en que tantos y tan grandes fueron su importancia como su prestigio; si son removidos aquellos escombros, testigos de su última grandeza,—aparezca algún testimonio merced al cual sea dable reconocer por seguro modo, dónde estuvo el alcázar de sus soberanos islamitas, dónde el *Aula condal*, dónde en fin, la morada de sus espléndidos señores desde el siglo XIV, en que Enrique el *de las Mercedes* hacía graciosa donación de la villa de Niebla y su tierra á don Juan Alonso de Guzmán, en remuneración y recompensa de los muchos servicios que le tenía prestados en sus luchas fratricidas con el rey don Pedro. Acaso la tradición, cuya fortaleza es innegable, haya hecho que en el emplazamiento de las unas fábricas hayan sido las otras construídas, y en tal caso, por los restos indicadores descubiertos, lícito será entonces juzgar de la antigua *Illípula* romana, de la *Elepla* visigoda y de la Lebla islamita, con mayor certidumbre que en los actuales tiempos.



CAPÍTULO VII

Niebla. — Sus memorias históricas. — Sus monumentos: — La iglesia de San Martín.

Si interesante sobre modo es el estudio con que convidan las fortificaciones en la antigua *Illípula* aún existentes; si lo mismo el artista que el arqueólogo hallan en aquel extenso recinto materia abundosa para sus inspiraciones y sus tareas respectivas,—no de otra suerte ocurre, á pesar de su aspecto desolado, con la humilde villa en que los tiempos y las vicisitudes históricas han convertido la que fué acaso un día floreciente ciudad de los fenicios. Cierta es que ya, según quedó apuntado, nada hay en ella por cuyo medio sea dable el intento de extremar conclusiones que parecerían en tal sentido gratuitas, por referirse á